



ESCAM

# La sexualidad humana, misterio de alteridad e identidad

POR JUTTA BURGGRAF  
DOCTORA EN PEDAGOGÍA Y EN TEOLOGÍA

Vamos a hablar de la sexualidad humana. Es un tema siempre presente en las noticias que difunden los mass-media en todo el mundo. Estamos acostumbrados a que se trate de un modo más bien impersonal, a veces agresivo y con ánimo de escandalizar a quienes ya no puede perturbar casi nada. Digo "casi" nada, porque sí que hay una cosa capaz de chocar en el ambiente cultural en el que nos movemos. Es justamente lo que hacemos nosotros. Quien designa la sexualidad como un "misterio" y habla del "misterio

nupcial", sin duda va contra corriente, como contra corriente se encuentra cada persona que proclama una visión cristiana de la vida.

¿Por qué la sexualidad es un misterio? Porque hace referencia a una voluntad inefable de Dios. Al crear al hombre como varón y mujer Dios quiso que el ser humano se expresase de dos modos distintos y complementarios, igualmente bellos y valiosos. Ciertamente, Dios ama tanto a la mujer como al varón. Ha dado a ambos la dignidad de reflejar su imagen, y llama a ambos hacia la plenitud. Pero, ¿por qué les ha hecho diferentes? La procreación no puede ser la única razón, ya que esa

sería también posible de forma partenogenética o bien asexual, o por otras posibilidades como las que se pueden encontrar, en gran diversidad, en el reino animal. Estas formas alternativas son al menos imaginables y darían testimonio de una cierta autosuficiencia.

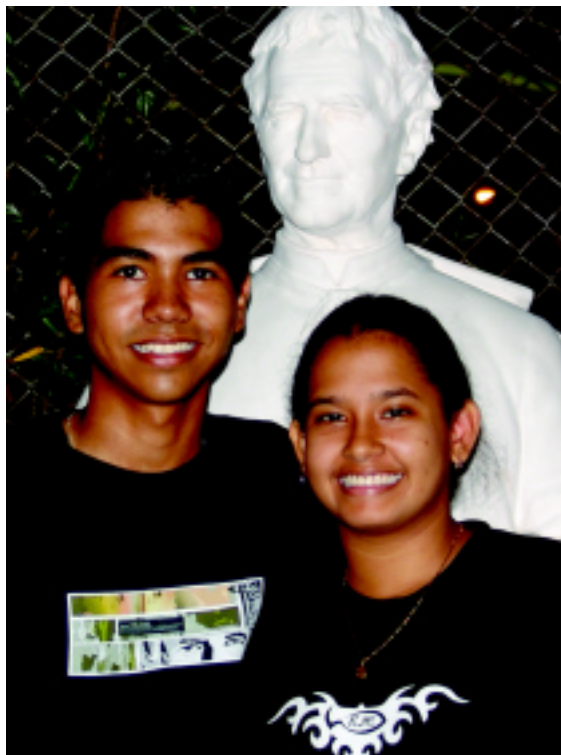
La sexualidad humana, en cambio, significa una clara disposición hacia el otro. Manifiesta que la plenitud humana reside precisamente en la relación, en el ser-para-el-otro. Impulsa a salir de sí mismo, buscar al otro y alegrarse en su presencia. Es como el sello del Dios del Amor en la estructura misma de la naturaleza humana. Aunque cada persona es querida por Dios por sí misma y llamada a una plenitud individual, no puede alcanzarla sino en comunión con otros. Está hecha para dar y recibir amor. De esto nos habla la condición sexual que tiene un inmenso valor en sí misma. Ambos sexos están llamados por el mismo Dios a actuar y vivir conjuntamente.

te. Esa es su vocación. Se puede incluso afirmar que Dios no ha creado al hombre varón y mujer para que engendre nuevos seres humanos, sino que, justo al revés, el hombre tiene la capacidad de engendrar para perpetuar la imagen divina que él mismo refleja en su condición sexuada.

## LA DIFERENCIA SEXUAL

La sexualidad habla a la vez de identidad y alteridad. Varón y mujer tienen la misma naturaleza humana, pero la tienen de modos distintos. En cierto sentido se complementan. "Ninguno de los dos puede ser por sí mismo todo el hombre," destaca el teólogo Von Balthasar, "ante él está siempre la otra manera, para él inaccesible, de serlo." Sin el otro, la persona humana se siente "sola"; experimenta su propia carencia. Por esto, el varón tiende "constitutivamente" a la mujer, y la mujer al varón. No buscan una unidad andrógena, como sugiere la mítica visión de Aristófanes en el "Banquete", pero sí se necesitan mutuamente para desarrollar plenamente su humanidad. La mujer es dada como "ayuda" al varón, y viceversa, lo que no equivale a "siervo" ni expresa ningún desprecio. También el salmista dice a Dios: "Tú eres mi ayuda."

Tanto el varón como la mujer son capaces de cubrir una necesidad fundamental del otro. En su mutua relación uno hace al otro descubrirse y realizarse en su propia condición sexuada. Uno hace al otro consciente de ser llamado a la comunión y capaz para convertirse en "don", en mutua subordinación amorosa.



BSCAM

Se ha hablado de una "recíproca complementariedad" entre los sexos. Ambos existen, según el Papa Juan Pablo II, dentro de una relación constitutiva de "unidad de dos". Sin embargo, sabemos desde nuestras experiencias primarias que no se trata necesariamente de la relación entre un único varón y una única mujer. La reciprocidad se expresa en múltiples situaciones diversas de la vida, en una pluralidad policroma de relaciones interpersonales, como las de la maternidad, la paternidad, la filiación y fraternidad, la colegialidad y amistad y tantas otras, que afectan contemporáneamente a cada persona. Algunos destacan, por tanto, que se trata de una "reciprocidad asimétrica".

¿Cuáles son, entonces, las diferencias sexuales? Como la persona entera es varón o mujer, en la unidad de cuerpo y alma, la masculinidad o feminidad se extiende a todos los ámbitos de su ser: desde el profundo significado de las diferencias físicas

entre el varón y la mujer y su influencia en el amor corporal, hasta las diferencias psíquicas entre ambos y la forma diferente de manifestar su relación con Dios. En efecto, hasta la última célula el cuerpo masculino es masculino y el femenino es femenino. Y aunque no se pueda constatar ningún rasgo psicológico o espiritual atribuible a sólo uno de los sexos, hay, sin embargo, características que se presentan con una frecuencia especial y de manera pronunciada en los varones, y otras en las mujeres. Es una tarea sumamente difícil distinguir en este campo. Probablemente nunca será posible decidir con exactitud científica lo que es "típicamente masculino" o "típicamente femenino", pues la naturaleza

y la cultura, las dos grandes modeladoras, están entrelazadas, desde el principio, muy estrechamente. Pero el hecho de que varón y mujer experimentan el mundo de forma diferente, solucionan tareas de manera distinta, sienten, planean y reaccionan de manera desigual, lo puede percibir y reconocer cualquiera, sin necesidad de ninguna ciencia.

El varón y la mujer se distinguen, evidentemente, en la posibilidad de ser padre o madre. La procreación se encuentra ennoblecida en ellos por el amor en que se desarrolla y, precisamente por la vinculación al amor, ha sido puesta por Dios en el centro de la persona humana como labor conjunta de los dos sexos. Ahora bien, si afirmamos que la posibilidad de engendrar no puede ser la única razón de la diferencia entre los sexos, no debemos centrarnos exclusivamente en la paternidad común, aunque ésta, sin duda, muestra un especial protagonismo

y una confianza inmensa de Dios. Pero ser mujer, ser varón, no se agota en ser respectivamente madre o padre.

Considerando las cualidades específicas de la mujer, se ha reflexionado, a veces, sobre la “maternidad espiritual”; el Papa Juan Pablo II precisa este concepto y habla más oportunamente del “genio de la mujer”. Constituye una determinada actitud básica que corresponde a la estructura física de la mujer y se ve fomentada por ésta. En efecto, no parece descabellado suponer que la intensa relación que la mujer guarda con la vida pueda generar en ella unas disposiciones particulares. Así como durante el embarazo la mujer experimenta una cercanía única hacia un nuevo ser humano, así también su naturaleza favorece el encuentro interpersonal con quienes le rodean. El “genio de la mujer” se puede traducir en una delicada sensibilidad frente a las necesidades y requerimientos de los demás, en la capacidad de darse cuenta de sus posibles conflictos

interiores y de comprenderlos. Se la puede identificar, cuidadosamente, con una especial capacidad de mostrar el amor de un modo concreto. Consiste en el talento de descubrir a cada uno dentro de la masa, en medio del ajetreo del trabajo profesional; de no olvidar que las personas son más importantes que las cosas. Significa romper el anonimato, escuchar a los demás, tomar en serio sus preocupaciones, mostrarse solidaria y buscar caminos con

ellos. A una mujer sencilla no le cuesta nada, normalmente, transmitir seguridad y crear una atmósfera en la que quienes la rodean puedan sentirse a gusto.

Pero, evidentemente, no todas las mujeres son suaves y abnegadas. No todas ellas muestran su talento hacia la solidaridad, ni mucho menos. No es raro que, en determinados casos, un varón tenga más sensibilidad para acoger, para atender que la mayoría de las mujeres. Y puede ser más pacífico que su esposa.

Por cierto, donde hay un “genio femenino” debe haber también un


ca, sino también en sentido espiritual. Puede llevarle a ser un amigo imperturbable, seguro y de confianza. Pero puede llevarle también, por otro lado, a un cierto desinterés por las cosas concretas y cotidianas, lo que, desgraciadamente, se ha favorecido en las épocas pasadas por una educación unilateral.

Las diferencias sexuales comprenden puntos fuertes y flacos que se han expresado de múltiples formas a lo largo de la historia. Han sido, a la vez, objeto de apreciación diversa. La primacía de la fuerza física ha “producido” con frecuencia la prepotencia del varón y la minusvaloración de la mujer. Esta situación lamentable está cambiando desde la revolución feminista. Enriquecidos por estas experiencias desafortunadas parece encontrar nuestra generación un propio modo de vivir y convivir, un propio camino hacia la madurez en el trato de los sexos, tanto fuera como dentro del matrimonio. Pero este camino, en cuanto que realmente lleva a la plenitud, nunca puede prescindir del amor.



BSCAM

“genio masculino”. ¿Cuál es el talento específico del varón? Éste tiene por naturaleza una mayor distancia respecto a la vida concreta. Se encuentra siempre “fuera” del proceso de la gestación y del nacimiento, y sólo puede tener parte en ellos a través de su mujer. Precisamente esa mayor distancia le puede facilitar una acción más serena para proteger la vida, y asegurar su futuro. Puede llevarle a ser un verdadero padre, no sólo en la dimensión físi-

Hoy en día se está descubriendo de nuevo una vieja intuición de la sabiduría popular: el varón da amor para ser amado. La mujer, en cambio, quiere ser amada para dar amor, para entregarse gozosamente y sin reservas. Y ambos, desde perspectivas distintas, llegan a la propia felicidad sirviendo a la felicidad del otro. 



Encuentre este y otros artículos en:  
[www.boletinsalesiano.info](http://www.boletinsalesiano.info)

# Llamados al verdadero amor

El hombre, en cuanto imagen de Dios, ha sido creado para amar. Esta verdad ha sido revelada plenamente en el Nuevo Testamento, junto con el misterio de la vida intratrinitaria: « Dios es amor (1 Jn 4, 8) y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor.

Creándola a su imagen, Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y consiguiendo la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es por tanto la vocación fundamental e innata de todo ser humano. Todo el sentido de la propia libertad, y del autodomínio consiguiendo, está orientado al don de sí en la comunión y en la amistad con Dios y con los demás.

## El amor humano como don de sí

La persona es, sin duda, capaz de un tipo de amor superior: no el de concupiscencia, que sólo ve objetos con los cuales satisfacer sus propios apetitos, sino el de amistad y entrega, capaz de conocer y amar a las personas por sí mismas.

Un amor capaz de generosidad, a semejanza del amor de Dios: se ama al otro porque se le reconoce como digno de ser amado. Un amor que genera la comunión entre personas, ya que cada uno considera el bien del otro como propio. Es el don de sí hecho a quien se ama, en lo que



BSCAM

se descubre y se actualiza la propia bondad, mediante la comunión de personas y donde se aprende el valor de amar y ser amado.

Todo hombre es llamado al amor de amistad y de donación; y viene liberado de la tendencia al egoísmo por el amor de otros: en primer lugar de los padres o de quienes hacen sus veces, y, en definitiva, de Dios, de quien procede todo amor verdadero y en cuyo amor sólo el hombre descubre hasta qué punto es amado.

Aquí se encuentra la raíz de la fuerza educativa del cristianismo: «¡El hombre es amado por Dios!» Este es el simplicísimo y sorprendente anuncio del que la Iglesia es deudora respecto del hombre. Es así como Cristo ha descubierto al hombre su verdadera identidad: Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación.

El amor revelado por Cristo, al que el apóstol Pablo dedicó un himno en la primera Carta a los Corintios, es ciertamente exigente. Su belleza está precisamente en el hecho de ser exigente, porque de este modo constituye el verdadero bien del

hombre y lo irradia también a los demás. Por tanto es un amor que respeta la persona y la edifica porque el amor es verdadero cuando crea el bien de las personas y de las comunidades, lo crea y lo da a los demás.

## El amor y la sexualidad humana

El hombre está llamado al amor y al don de sí en su unidad corpóreo-espiritual. Feminidad y masculinidad son dones complementarios, en cuya virtud la sexualidad humana es parte integrante de la concreta capacidad de amar que Dios ha inscrito en el hombre y en la mujer.

La sexualidad es un elemento básico de la personalidad; un modo propio de ser, de manifestarse, de comunicarse con los otros, de sentir, expresar y vivir el amor humano. Esta capacidad de amar como don de sí tiene, por tanto, su encarnación en el carácter esponsal del cuerpo, en el cual está inscrita la masculinidad y la feminidad de la persona. El cuerpo humano, con su sexo, y con su masculinidad y feminidad visto en el misterio mismo de la creación, es no sólo fuente de fecundidad y de procreación, como en todo el orden natural, sino que incluye desde el principio el atributo esponsalicio, es decir, la capaci-

dad de expresar el amor: ese amor precisamente en el que el hombre-persona se convierte en don y — mediante este don— realiza el sentido mismo de su ser y existir. Toda forma de amor tiene siempre esta connotación masculino-femenina.


La sexualidad humana es un Bien: parte del don que Dios vio que era muy bueno cuando creó la persona humana a su imagen y semejanza, y hombre y mujer los creó (Gn 1, 27).

fuerza que enriquece y hace crecer a las personas y, al mismo tiempo, contribuye a alimentar la civilización del amor. Cuando por el contrario falta el sentido y el significado del don en la sexualidad, se introduce « una civilización de las «cosas» y no de las «personas»; una civilización en la que las personas se usan como si fueran cosas. En el contexto de la civilización del placer la mujer puede llegar a ser un objeto para el hombre, los hijos un obstáculo para los padres.

Cuando Yahvé Dios dice que no es bueno que el hombre esté solo (Gn 2, 18), afirma que el hombre por sí «solo» no realiza totalmente esta esencia. Solamente la realiza existiendo «con alguno», y más profunda y completamente, existiendo «para alguno». En la apertura al otro y en el don de sí se realiza el amor conyugal en la forma de donación total propia de este estado. Y es siempre en el don de sí, sostenido por una gracia especial, donde adquiere significado la vocación a la vida consagrada, manera eminente de dedicarse más fácilmente a Dios solo con corazón indiviso para servirlo más plenamente en la Iglesia. En toda condición y estado de vida, de todos modos, este don se hace todavía más maravilloso por la gracia redentora, por la cual llegamos a ser partícipes de la naturaleza divina (2 Pe 1, 4) y somos llamados a vivir juntos la comunión sobrenatural de caridad con Dios y con los hermanos.

Los padres cristianos, también en las situaciones más delicadas, no deben olvidar que, como fundamento de toda la historia personal y doméstica, está el don de Dios.

En cuanto espíritu encarnado, es decir, alma que se expresa en el cuerpo informado por un espíritu inmortal, el hombre está llamado al amor en esta su totalidad unificada. El amor abarca también el cuerpo humano y el cuerpo se hace partícipe del amor espiritual.

A la luz de la Revelación cristiana se lee el significado interpersonal de la misma sexualidad: La sexualidad caracteriza al hombre y a la mujer no sólo en el plano físico, sino también en el psicológico y espiritual con su huella consiguiente en todas sus manifestaciones. Esta diversidad, unida a la complementariedad de los dos sexos, responde cumplidamente al diseño de Dios según la vocación a la cual cada uno ha sido llamado. 



BSCAM

En cuanto modalidad de relacionarse y abrirse a los otros, la sexualidad tiene como fin intrínseco el amor, más precisamente el amor como donación y acogida, como dar y recibir. La relación entre un hombre y una mujer es esencialmente una relación de amor: La sexualidad orientada, elevada e integrada por el amor adquiere verdadera calidad humana.

Cuando dicho amor se actúa en el matrimonio, el don de sí expresa, a través del cuerpo, la complementariedad y la totalidad del don; el amor conyugal llega a ser, entonces, una

En el centro de la conciencia cristiana de los padres y de los hijos, debe estar presente esta verdad y este hecho fundamental: el don de Dios. Se trata del don que Dios nos ha hecho llamándonos a la vida y a existir como hombre o mujer en una existencia irrepetible, cargada de inagotables posibilidades de desarrollo espiritual y moral: la vida humana es un don recibido para ser a su vez dado. El don revela, por decirlo así, una característica especial de la existencia personal, más aun, de la misma esencia de la persona.

# Amor verdadero y castidad



BSCAM

**El amor virginal y el amor conyugal son las dos formas en las cuales se realiza la vocación de la persona al amor. Ambos requieren para su desarrollo el compromiso de vivir la castidad, de acuerdo con el propio estado de cada uno.**

La sexualidad se hace personal y verdaderamente humana cuando está integrada en la relación de persona a persona, en el don mutuo total y temporalmente ilimitado del hombre y de la mujer.

El crecimiento en el amor, en cuanto implica el don sincero de sí, es ayudado por la disciplina de los sentimientos, de las pasiones y de los afectos, que nos lleva a conseguir el autodominio.

Ninguno puede dar aquello que no posee: si la persona no es dueña de sí —por obra de las virtudes y, concretamente, de la castidad— carece de aquel dominio que la torna capaz de darse. La castidad es la energía espiritual que libera el amor del egoísmo y de la agresividad.

En la misma medida en que en el hombre se debilita la castidad, su amor se hace progresivamente egoísta, es decir, deseo de placer y no ya don de sí.

## La castidad como don de sí

La castidad es la afirmación gozosa de quien sabe vivir el don de sí, libre de toda esclavitud egoísta.

Esto supone que la persona haya aprendido a descubrir a los otros, a relacionarse con ellos respetando su dignidad en la diversidad.

La persona casta no está centrada en sí misma, ni en relaciones egoístas con las otras personas. La castidad torna armónica la personalidad, la hace madurar y la llena de paz interior.

La pureza de mente y de cuerpo ayuda a desarrollar el verdadero respeto de sí y al mismo tiempo hace capaces de respetar a los otros, porque ve en ellos personas, que se han de venerar en cuanto creadas a imagen de Dios y, por la gracia, hijos de Dios, recreados en Cristo.



BSCAM

## Virtud de la castidad

La virtud de la castidad se coloca en el interior de la templanza, virtud cardinal que en el bautismo ha sido elevada y embellecida por la gracia.

La castidad no debe entenderse como una actitud represiva. Es la transparencia y, al mismo tiempo, la custodia de un don, precioso y rico, como el del amor, en vistas al don de sí que se realiza en la vocación específica de cada uno.

La castidad es, la energía espiritual que sabe defender el amor de los peligros del egoísmo y de la agresividad, y sabe promoverlo hacia su realización plena.

La castidad significa la integración lograda de la sexualidad en la persona, y por ello en la unidad interior del hombre en su ser corporal y espiritual.

La formación a la castidad, en el cuadro de la educación del joven a la realización y al don de sí, implica la colaboración prioritaria de los padres también en la formación de otras virtudes como la templanza, la fortaleza, la prudencia.

La castidad, como virtud, no subsiste sin la capacidad de renuncia, de sacrificio y de espera.



BSCAM

### El dominio de sí

La castidad implica un aprendizaje del dominio de sí, que es una pedagogía de la libertad humana. La alternativa es clara: o el hombre controla sus pasiones y obtiene la paz, o se deja dominar por ellas y se hace desgraciado. Toda persona sabe, también por experiencia, que la castidad requiere rechazar ciertos pensamientos, palabras y acciones pecaminosas, como recuerda con claridad San Pablo (cf. Rm 1, 18; 6, 12-14; 1 Cor 6, 9-11; 2 Cor 7, 1; Ga 5, 16-23; Ef 4, 17-24; 5, 3-13; Col 3, 5-8; 1 Ts 4, 1-18; 1 Tm 1, 8-11; 4;12).

Por esto se requiere una capacidad y una aptitud de dominio de sí que son signo de libertad interior, de responsabilidad hacia sí mismo y hacia los demás y, al mismo tiempo, manifiestan una conciencia de fe; este dominio de sí comporta tanto evitar las ocasiones de provocación e incentivos al pecado, como superar los impulsos instintivos de la propia naturaleza.

Cuando la familia ejerce una válida labor de apoyo educativo y estimu-

la el ejercicio de las virtudes, se facilita la educación a la castidad y se eliminan conflictos interiores, aun cuando en ocasiones los jóvenes puedan pasar por situaciones particularmente delicadas.

Para algunos, que se encuentran en ambientes donde se ofende y desacredita la castidad, vivir de un modo casto puede exigir una lucha exigente y hasta heroica. De todas maneras, con la gracia de Cristo, que brota de su amor esponsal por la Iglesia, todos pueden vivir castamente aunque se encuentren en circunstancias poco favorables.

**Para algunos, que se encuentran en ambientes donde se ofende y desacredita la castidad, vivir de un modo casto puede exigir una lucha exigente y hasta heroica.**

El mismo hecho de que todos han sido llamados a la santidad, como recuerda el Concilio Vaticano II, facilita entender que, tanto en el celibato como en el matrimonio, pueden presentarse —incluso, de hecho ocurre a todos, de un modo o de otro, por períodos más o menos largos—, situaciones en las cuales son indispensables actos heroicos de virtud. También la vida matrimonial implica, por tanto, un camino gozoso y exigente de santidad. 🙏

## La vocación a la virginidad y al celibato

La Revelación cristiana presenta dos vocaciones al amor: el matrimonio y la virginidad.

No raramente, en algunas sociedades actuales están en crisis no sólo el matrimonio y la familia, sino también las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa.

Las dos situaciones son inseparables: cuando no se estima el matrimonio, no puede existir tampoco la virginidad consagrada; cuando la sexualidad humana no se considera un valor donado por el Creador, pierde significado la renuncia por el Reino de los cielos.

A la disgregación de la familia sigue la falta de vocaciones; por el contrario, donde los padres son generosos en acoger la vida, es más fácil que lo sean también los hijos cuando se trata de ofrecerla a Dios.

Es necesario que las familias vuelvan a expresar el generoso amor por la vida y se pongan a su servicio, sobre todo acogiendo, con sentido de responsabilidad unido a una serena confianza, los hijos que el Señor quiera donar.

Esta acogida de la vida continúa en la acción educativa y se completa en la ayuda que los padres dan a los adolescentes para descubrir la dimensión vocacional de cada existencia, dentro del plan de Dios.

La vida humana adquiere plenitud cuando se hace don de sí: un don que puede expresarse en el matrimonio, en la virginidad consagrada, en la dedicación al prójimo por un ideal, en la elección del sacerdocio ministerial. Los padres servirán verdaderamente la vida de sus hijos si los ayudan a hacer de su propia existencia un don, respetando sus opciones maduras y promoviendo con alegría cada vocación, también la religiosa y sacerdotal.



BSCAM

## La educación a la castidad

La educación de los hijos a la castidad mira a tres objetivos:

- a) conservar en la familia un clima positivo de amor, de virtud y de respeto a los dones de Dios, particularmente al don de la vida;
- b) ayudar gradualmente a los hijos a comprender el valor de la sexualidad y de la castidad y sostener su desarrollo con el consejo, el ejemplo y la oración;
- c) ayudarles a comprender y a descubrir la propia vocación al matrimonio o a la virginidad dedicada al Reino de los cielos en armonía y en el respeto de sus aptitudes, inclinaciones y dones del Espíritu.

En esta tarea pueden recibir ayudas de otros educadores, pero no ser sustituidos salvo por graves razones de incapacidad física o moral.

Este deber de la educación familiar de los padres es de tanta trascendencia, que, cuando falta, difícilmente puede suplirse.


Es deber de los padres crear un ambiente de familia animado por el amor y por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación íntegra personal y social de los hijos. La familia es, por tanto, la primera escuela de las virtu-

des sociales, que todas las sociedades necesitan.

Los padres son los primeros y principales educadores de sus hijos, y en este campo tienen una competencia fundamental: son educadores por ser padres.

En relación con la preparación al matrimonio, la enseñanza de la Iglesia recuerda que la familia debe seguir siendo la protagonista principal de dicha obra educativa.

Los cambios que han sobrevenido en casi todas las sociedades modernas exigen que no sólo la familia, sino también la sociedad y la Iglesia se comprometan en el esfuerzo de preparar convenientemente a los jóvenes para las responsabilidades de su futuro.

Precisamente por esto, adquiere todavía mayor importancia la labor educativa de la familia desde los primeros años: la preparación remota comienza desde la infancia, en la juiciosa pedagogía familiar, orientada a conducir a los niños a descubrirse a sí mismos como seres dotados de una rica y compleja psicología y de una personalidad particular con sus fuerzas y debilidades. 



## El amor conyugal

Cuando el amor se vive en el matrimonio, comprende y supera la amistad y se plasma en la entrega total de un hombre y una mujer, de acuerdo con su masculinidad y feminidad.

Con el pacto conyugal hombre y mujer fundan aquella comunión de personas en la cual Dios ha querido que viniera concebida, naciera y se desarrollara la vida humana.


A este amor conyugal, y sólo a él, pertenece la relación sexual. Ésta se realiza de modo verdaderamente humano, solamente cuando es parte integrante del amor con el que el hombre y la mujer se comprometen entre sí hasta la muerte.

En el matrimonio, la intimidad corporal de los esposos viene a ser un signo y una garantía de comunión espiritual. Entre bautizados, los vínculos del matrimonio están santificados por el sacramento.

### Amor abierto a la vida

Signo revelador de la autenticidad del amor conyugal es la apertura a la vida. En su realidad más profunda, el amor es esencialmente don. El amor conyugal, a la vez que conduce a los esposos al recíproco «conocimiento», no se agota dentro de la pareja. El amor conyugal los hace capaces de la máxima donación posible, por la cual se convierten en cooperadores de Dios en el don de la vida a una nueva persona humana.

De este modo los cónyuges, a la vez que se dan entre sí, dan más allá de sí mismos la realidad del hijo. Éste viene a ser el reflejo viviente de su amor, signo permanente de la unidad conyugal y síntesis viva e inseparable del padre y de la madre.

A partir de esta comunión de amor y de vida los cónyuges consiguen esa riqueza humana y espiritual y ese clima positivo para ofrecer a los hijos su apoyo en la educación al amor y a la castidad. 

## Sexualidad humana: certezas cristianas

El amor, que se alimenta y se expresa en el encuentro del hombre y de la mujer, es un don de Dios.

Es, por tanto, una fuerza positiva, orientada a la madurez de las personas.

Es también una fuente que alimenta el don de sí, que todos, hombres y mujeres, están llamados a cumplir para su propia realización y felicidad. En esto consiste la vocación de cada uno.

El hombre es llamado al amor como espíritu encarnado, es decir, alma y cuerpo en la unidad de la persona.

El amor humano abraza también el cuerpo, y el cuerpo expresa igualmente el amor espiritual.

La sexualidad no es algo puramente biológico, sino que mira a la vez al núcleo íntimo de la persona.

El uso de la sexualidad como donación física tiene su verdad y alcanza su pleno significado cuando es expresión de la donación personal del hombre y de la mujer hasta la muerte.

Este amor está expuesto sin embargo, como toda la vida de la persona, a la fragilidad debida al pecado original.

Este amor sufre, en muchos contextos socio-culturales, condicionamientos negativos y a veces desviados y traumáticos.

La redención del Señor ha hecho de la práctica positiva de la castidad una realidad posible y un motivo de alegría, tanto para quienes tienen la vocación al matrimonio —sea antes y durante la preparación, como después, a través del arco de la vida conyugal—, como para aquellos que reciben el don de una llamada especial a la vida consagrada.



## Don Bosco y la educación sexual de sus jóvenes

ALEJANDRO HERNÁNDEZ

Pretendo en estas líneas lograr un acercamiento a la postura de la educación católica frente a la sexualidad en el siglo XIX. Se trata más de ofrecer una explicación que una justificación. Don Bosco fue hijo de su tiempo y de las enseñanzas morales de entonces.

Quizá lo primero que habría que afirmar es que la tendencia a controlar la sexualidad y la desconfianza hacia el placer sexual no son inventos del cristianismo. Ha sido una constante en la sociedad humana. El cristianismo "oficial" ha querido mantener un equilibrio entre una moral sexual laxa –permisiva– y una de corte rigorista. Ciertamente, para nuestra mentalidad sigloveintiunista, nos parecería que no siempre lo ha logrado. Cuando nació la Iglesia, en muchos ambientes del imperio reinaba la depravación. Por otra parte, varias sectas cristianas se inclinaron pronto al extremo opues-

to. Los obispos buscaron el equilibrio. No obstante, hubo varios factores que marcaron la concepción y finalidad de la sexualidad en la Iglesia antigua. Uno de ellos fue el estoicismo que enseñaba que toda pasión deber ser dominada o eliminada. El sentimiento o la pasión debe asumir una finalidad racional. Y otro, que no se puede perder de vista, fue la creciente valoración de la virginidad hasta considerarse mejor que el matrimonio. La virginidad, pensaba el obispo Gregorio de Nisa –quien estuvo casado–, es el retorno a la verdadera naturaleza del hombre. Por estas y otras razones, durante muchos siglos se enseñó que la unión sexual en el matrimonio tiene como única finalidad la procreación. Aún dentro de estos límites se quería cuidar positivamente la dignidad de la persona y el bien común.

En el siglo XVII volvió a recrudecer la temática a causa de las enseñanzas de un grupo de moralistas laxistas. Mientras que, en el otro extre-

mo, tomó fuerza el rigorismo. En la vertiente protestante fue el puritanismo, en la católica el jansenismo. Cornelius Jansen enseñó que, si los padres pudieran engendrar hijos sin tener que recurrir al uso de la sexualidad, deberían renunciar al uso de la sexualidad. El equilibrio, en aquel momento, se logró con el destacado moralista Alfonso de Ligorio († 1787). Él sostuvo que uno de los fines del matrimonio era proveer de un remedio a los impulsos sexuales. Pareciera poca cosa, pero no lo es, si tenemos presente que durante siglos se enseñó que era pecado venial el acto del matrimonio practicado sólo por placer.

También recordemos que la concepción de la sexualidad dependió del limitado conocimiento de los datos biológicos. Dominó una visión fisicista que se basaba en la estructura anatómica y fisiológica del sexo. Con ello también se dio la depreciación de la mujer en relación al varón. Al desconocerse la ovogénesis, se consideraba que la mujer en vistas a la generación desempeñaba un papel pasivo. ¿Típicas obsesiones de curas? Ojalá hubiera sido así. La ginecología del siglo XIX tenía el axioma de que "la mujer es lo que es sólo por el útero".

En el XIX, el siglo "de" Don Bosco, tomaban fuerza realidades sociales nuevas: la mujer, con las revoluciones francesa e industrial, fue obteniendo progresivamente una mayor emancipación. La industria provocaba la concentración de gente en las ciudades, y por ello, se comenzaba a hablar de crecimiento demográfico y de métodos de control de la natalidad. Además, las ciencias liberalizaron la noción de sexualidad. La libertad de prensa se afianzó tratando todo tipo de temas.

La preparación del sacerdote Juan Bosco en el campo de la moral y de la sexualidad era buena dentro de los parámetros de la iglesia italiana de aquel entonces. Sobre todo, gra-

cias a su paso por el colegio –convitto- eclesiástico de Turín. Se le formó para una pastoral de la bondad que busca al pecador y que evita imponerle penitencias severas. En el caso particular de su educación de los jóvenes en el campo de la sexualidad siguió la praxis vigente entonces. Dígase lo mismo respecto a la espiritualidad juvenil. Sacó provecho de la reflexión que se había hecho en los últimos dos siglos y medio. Por ejemplo, de expertos en jóvenes como Felipe Neri, de la experiencia de los jesuitas franceses en sus colegios y de la literatura eclesiástica italiana. Obviamente, en algunos puntos se nota una impronta y un énfasis muy suyos. Hizo las adaptaciones necesarias porque eran otros tiempos, sus jóvenes en buena parte eran de extracción popular, y, claro está, de las necesidades que percibía a partir de su propia experiencia pastoral. Me limito a ilustrar algunas de estas grandes líneas en la orientación sexual juvenil.

\* Salta a la vista que su opción es claramente preventiva, esto es, el adolescente, o mejor el niño, debe ser preparado para que no caiga en la inmoralidad. Porque su recuperación será muy, pero muy difícil. Por eso, su gran esfuerzo en alabar y enamorar a los jóvenes hacia la gran virtud de la pureza. El objetivo era ganarlos completamente a esta convicción para que más tarde, cuando se vieran expuestos, pudieran optar por ella. A la par de este gran despliegue “publicitario” se unían otros medios como, por ejemplo, la vida sacramental, el huir de la tentación, el evitar el ocio, las malas conversaciones, los espectáculos o escritos inmorales, el vino etc. Respecto al tema de huir de las tentaciones, afirmaba Felipe Neri que, mientras a los vicios hay que enfrentarlos para vencerlos, en el caso de la pureza triunfan los que huyen.

\* La cautela en relación a la mujer. Aquí habría mucho que decir, pero



BSCAM

en concreto Juan Bosco echa mano de la tradición hagiográfica que se remonta a Luis Gonzaga. En sus escritos y discursos, Luis Gonzaga, Luis Comollo y Domingo Savio se caracterizan por ser reservados en sus contactos con las “personas del otro sexo”. O se les evita o no se les mira. El mismo Don Bosco tenía escrito en su breviario: “aleja de la mujer tu camino, no te acerques a la puerta de su casa”. No obstante, por amor a la verdad, este tipo de precaución la pensaba más para los adolescentes que para los adultos. De hecho, él fue cordial con muchas mujeres, estuvo lejos de ser un misógino.


\* Juan Bosco considera al niño y al adolescente como plantas delicadas que primero tienen que consolidarse como cristianos para luego valer por sí mismos, y que ninguna precaución está de más para evitar cualquier desgracia. Su humanismo es positivo, siguiendo la herencia católica y salesiana, pero también ponía a la par la fragilidad humana, la violenta irrupción de las pasiones en el adolescente, y que todo se puede echar a perder por una mala decisión, o por el influjo de una mala compañía. El mismo Don Bosco justificaba esta exagerada, sólo aparente para él, y meticulosa actitud de prevención y de consejería. Solía afirmar que por algo lo decía, que desafortunadamente su experiencia

concreta lo llevaba a tomar tantos cuidados.

\* Otro punto fundamental era que los educadores de los jóvenes debían vivir en su propia vida la pureza a la que se exhortaba. Era inútil que propusieran la virtud si ellos mismos tenían fallas o de algún modo mostraban debilidades en este campo.

\* Algo más, por opción se evitaba hablar con toda claridad sobre el tema sexual, sí que se exaltaba la virtud y todos los bienes que ella trae consigo, o todas las desgracias que provoca la impureza, desde la tristeza, pasando por la enfermedad, hasta la condenación eterna. Pero no más, porque se pensaba, en general, -no sólo Don Bosco- que el hablar explícitamente podría estimular la curiosidad y por tanto resultar contraproducente.

\* Es fundamental que el muchacho esté ocupado en actividades útiles, pero mientras en otras instituciones católicas se privilegiaba los certámenes académicos y religiosos, Don Bosco fomentaba los juegos, la música, los paseos, el teatro. Expresamente se buscaba una diversión y alegría juveniles “ruidosas”. Esto también para demostrar que el joven puro goza de una gran alegría y felicidad.

Para cerrar,  no olvidemos que llegó el momento en que Don Bosco tuvo



BSCAM

## “ ¡Oh, castidad, castidad, tú eres una gran virtud! ”

(Don Bosco)

---

SERGIO CHECCHI

---

Juan Cagliero, uno de los primeros muchachos de Don Bosco, dejó escrito en sus recuerdos: “En el retiro que Don Bosco nos dio durante las vacaciones de 1852, nos habló de la castidad con tal convicción y entusiasmo que nos sacó las lágrimas, y nos propusimos querer guardar tan bella virtud hasta la muerte. Me puse entonces bajo su dirección espiritual y encontré en él, más que un director, un padre celosísimo por el bien de las almas y deseoso de infundir en nuestros corazones un amor grande y puro por la hermosa virtud de la castidad. Él la llamaba flor hermosísima del paraíso, digna de ser colocada en nuestros corazones juveniles, y lirio purísimo que con su candor inmaculado nos haría semejantes a los ángeles del cielo. Con esas imágenes Don Bosco nos enamoraba de esta virtud, mientras su rostro brillaba con santa ale-

gría; su voz resonaba con calor y persuasión, y sus ojos se humedecían con lágrimas, por el miedo a que empañáramos la hermosura de la castidad con un solo pensamiento malo o una mala conversación”.

En las conferencias que Don Bosco daba a sus jóvenes salesianos, en sus cartas circulares, en los retiros, en las “buenas noches” a sus muchachos, a menudo salían de su pluma o se escuchaban de sus labios expresiones enfáticas sobre la castidad: “ ¡Oh, castidad, castidad, tú eres una gran virtud! ” “Virtud grande que eleva al hombre al nivel de los ángeles”. “La castidad es la virtud que más agrada al corazón de la Virgen María. Si ustedes la tienen, lo tienen todo. Si les falta, no tienen nada. Esta virtud es la fuente de todas las demás. Pongan en práctica todos los medios que puedan

ayudar a conservar este inestimable tesoro”. “La castidad es el fundamento y la base de las otras virtudes”. “La virtud de la castidad es el centro en el que se fundan, se basan y reúnen todas las demás”. “ ¡Qué hermosa es esta virtud! Quisiera emplear días enteros para hablarles de ella. Es la virtud más bella, la más esplendorosa y, al mismo tiempo, la más delicada de todas”.

Allá por los años ‘50 algunos sabihondos juzgaron a Don Bosco de poco... teológico! Creyendo descubrir una novedad, decían: “La virtud más grande, la principal, la base de todo el edificio de las virtudes cristianas es la caridad, no la castidad”. Pero Don Bosco tenía los pies en el suelo, no hacía tratados de teología, hablaba a muchachos, hablaba a jóvenes educadores. Su experiencia pedagógica y sacerdotal le había enseñado que si el joven guarda puros sus ojos, su mente y su corazón, vive alegre, cumple sus deberes, se lleva bien con sus compañeros y superiores, reza, comulga; y que, en cambio, el que cae en la inmoralidad se vuelve triste e irritable, apartado y desconfiado, descontento y murmurador, desgastado en los estudios y en el trabajo, aburrido en la iglesia y... termina contagiando a otros. Por eso Don Bosco aplicaba a la castidad lo que la Biblia dice de la sabiduría: “Junto con ella me vinieron todos los bienes”. Y decía: “Mientras uno es casto, tiene viva la fe, firme la esperanza y ardiente la caridad”. “La caridad, la humildad, la castidad son tres reinas que van siempre juntas: no puede existir una sin las otras”.

Es cierto, no es la castidad el centro del sistema de virtudes, pero es su escudo y defensa. “La castidad es la armadura del cristiano”, decía Don Bosco, y estaba convencido de que “un joven puro es un joven santo”.

## La fidelidad y la castidad, medio infalible para prevenir el sida, asegura Benedicto XVI

CIUDAD DEL VATICANO, 10 junio 2005 (ZENIT. ).- La fidelidad y la castidad, son el medio infalible para prevenir la expansión del sida, afirmó Benedicto XVI al recibir a los obispos de Sudáfrica, Botswana, Swazilandia, Namibia y Lesotho

«Comparto con vosotros vuestra profunda preocupación por la devastación causada por el sida y las enfermedades relacionadas», dijo el pontífice en el discurso que les dirigió en inglés.

«Rezo en especial por las viudas, los huérfanos, las madres jóvenes y por aquellos cuyas vidas han quedado hechas añicos a causa de esta epidemia cruel», aseguró.

Al mismo tiempo, alentó a los prelados a continuar en su esfuerzo por «luchar contra este virus que no sólo mata, sino que amenaza seriamente a la economía y a la estabilidad social del continente».

«La Iglesia católica siempre ha estado en la frontera tanto en la prevención como en el tratamiento de esta enfermedad», añadió. El 25 por ciento de los enfermos de sida son atendidos en el mundo por instituciones católicas.

Benedicto XVI aseguró a los prelados que «la enseñanza tradicional de la Iglesia se ha demostrado como el único medio infalible para prevenir la expansión de VIH/sida».

«Por esta razón, el compañerismo, la alegría, la felicidad y la paz que el matrimonio y la fidelidad cristianas ofrecen, así como la garantía que ofrece la castidad, deben ser continuamente presentados a los fieles, en particular a los jóvenes», propuso.

Y si eso es verdad para todo joven y para todo cristiano, lo es particularmente para el que aspira a ser sacerdote. En una conferencia de 1876 a los jóvenes salesianos, les decía: “La castidad es la joya, la perla más preciosa, especialmente para un sacerdote”. Y en unas “buenas noches” de 1878: “El que no se sintiese con ánimo para conservar la virtud de la castidad, no está hecho para sacerdote. Como sacerdote se haría mal a sí mismo y a los demás”.

cia de 1876 aseguró: “La castidad será el triunfo de nuestra Congregación en el mundo”.

El 22 de diciembre de 1876 Don Bosco en las “buenas noches” contó a sus muchachos un sueño que había tenido en Lanzo unos días antes. En el sueño había visto a Domingo Savio, acompañado de jóvenes y salesianos, y había conversado largamente con él. Habían hablado del paraíso, del Oratorio, de



BSCAM

De vuelta de un viaje, a Francisco Dalmazzo, que estaba admirado de cómo en todas partes la gente rodeaba a Don Bosco con veneración, éste le confió: “Cuando un sacerdote vive puro y casto, se convierte en dueño de los corazones”.

Y si ese sacerdote quiere consagrar sus esfuerzos a la educación de los jóvenes, es decir, si quiere ser salesiano, entonces la pureza de vida es de una vez condición indispensable: “La castidad – dijo en 1870 durante un Retiro – es necesaria para todos, pero especialmente para quienes se dedican a la educación de la juventud”. “A quien no se sintiere con ánimos para conservar esta virtud estando entre los jóvenes, yo le aconsejo que no entre en nuestra Sociedad Salesiana”. “Lo que debe distinguir a nuestros salesianos es la castidad, lo mismo que la pobreza distingue a los hijos de San Francisco de Asís y la obediencia a los hijos de San Ignacio”. En una conferen-

los jóvenes, del Papa y de la Iglesia. A un cierto punto, siempre en el sueño, había preguntado Don Bosco: “¿Y qué hay de la Congregación Salesiana?” Había contestado Domingo Savio: “Por lo que respecta a la Congregación has de saber que Dios le prepara grandes cosas, el porvenir será espléndido, e infinitas las personas que por ella se salvarán; pero a una condición: que tus hijos sean devotos de la Santísima Virgen y conserven la virtud de la castidad, que tan grata es a los ojos de Dios”.

Puede ser de mal gusto recordar, al final de este artículo, lo que en estos últimos años se ha escrito y comentado, con buena dosis de morbosidad e hipocresía, sobre reales o supuestos “abusos sexuales” de parte de educadores y sacerdotes. Pero, en ese contexto, ¡qué sabias, qué luminosas sentimos las enseñanzas de Don Bosco!

